

## Encuentro en 1975

ROSA VALVERDE LAMSFUS

<http://www.rosavalverde.com/>

Siempre he tenido ganas de transcribir los recuerdos de aquella época dorada. Habría material para extenderme muchísimo más de lo que va ahora en mi intención; podría contar maravillas y "maldades" que van a quedar en el recuerdo pues no pretendo dar pie a malentendidos y deformaciones, ¡Jesús! con lo fácil que es ahora eso, sino más bien al contrario lo describiré con un gran respeto, tal y como se lo merecen mis amigos.

1970, fecha en la que muere mi padre. Yo tenía 17 años. Este evento y la primacía que ocupaba en mi vida la política, hicieron que el arte quedara relegado a un segundo plano; ya que el mensaje que recibía casi a modo de órdenes (ahora todos estarán de acuerdo que aquello fue un gran error), se resumía en que el arte distraía del trabajo revolucionario. A pesar de ello no dejé de pintar nunca, ya sea alquilando una buhardilla, como en una ocasión, o aislándome en una habitación propia que me cedía mi madre y donde yo escribía, bordaba, etc., rodeándome siempre de objetos que para mí tenían una doble interpretación, llegando a crear un ambiente sobre el que yo misma "teorizaba". En 1975, año en el que voy a empezar a tomarme mi trabajo más, o un poco, en serio, sólo tenía una docena de cuadros pintados, con titanlux o con lo que pillara (aparte de lo mucho que había pintado en la "Academia de los jueves" bajo la dirección de Sistiaga), y sobre todo me dedicaba a construir, a base de objetos, mundos encerrados en cajas o en jaulas.

[Paréntesis]: me gustaría evitar el *yo me acuerdo, yo pinto, yo no se qué y no se cuántos*, porque voy a empezar a referirme a un grupo, pero aseguro que no encuentro otra fórmula.

Lo que ahora viene es como un cuento, no de hadas ni de princesas, sino mucho más divertido e insólito, aunque no tuvo la trascendencia que hubiera podido tener, todos ellos carecían de aires pretenciosos, lo que se trabajaba era "definitivo", la labor de investigación era continua y algo que primaba muchísimo era el sentido del humor, riéndose primero de uno mismo, y el matiz epicúreo que reinaba en todas las obras se manifestaba sobre todo en los estudios, que son (me cuesta ahora encontrar un calificativo) los lugares más bonitos, mágicos, entrañables, divertidos (lo siento pero esta palabra seguro que sale un sinfín de veces) que yo haya podido conocer a través de toda la Historia del Arte. En más de una ocasión me he mostrado muy escéptica ante el minimal y algunas otras corrientes de arte actuales. A quien obra así ante manifestaciones que se viven en el tiempo al que uno pertenece se le puede tachar de retrógrado e incluso reaccionario. Pero tengo todas las ca-

rtas en mi mano para poder defenderme y no ser tachada con ese tipo de asignaciones. Y es que en nuestros estudios ya jugábamos con el minimal y otro tipo de creaciones muy avanzadas para la época en que vivíamos, no siendo reconocidos en absoluto, tan sólo en aquellas obras que se trataban de "óleo sobre lienzo" y cuanto más clásico mejor. *Aparentemente* no había rebeldía, la época a la que sobre todo me refiero, 75-85, era difícil para el país, eran tiempos ambiguos y difíciles, la política ponderaba sobre todas las cosas y toda manifestación artística que no tuviera ese tinte político se confundía con un grado supino de frivolidad (a pesar de todo hay constancia de que individualmente y colectivamente a veces, se apoyó mediante firmas, donación de cuadros, carteles y presencia misma, en muchas manifestaciones públicas. Las barricadas tenían su atractivo y aún guardo una pelota de goma lanzada por la policía de Franco, que tuve que disfrazarla de cabecita de muñeca, pues hasta guardarla podría ser peligroso. Eran tiempos de inseguridad. Sin pensar mucho me vienen a la memoria las portadas para el *Zeruko Argia* de Vicente Ameztoy, el inmenso mural contra la central nuclear de Lejona de Vicente, Zumeta y Arrastalu, nuestra participación en una reunión convocada no me acuerdo por qué partido político que al final tuvo un cariz totalmente surrealista: terminó con el lema "Toros estamos locos" (y no me he confundido, no es "todos" sino "toros", y por supuesto muchísimos más actos de apoyo y solidaridad que probablemente iré recordando a lo largo del relato.

En el grupo al que me refiero todo el rato están José Llanos, Vicente Ameztoy, Ramón Zuriarrain, Juan Luis Goenaga, Andrés Nagel (aunque enseñada diferenció claramente su trayectoria individual aislándose muy tempranamente cuando yo les conocí) y luego más tarde José Luis Zumeta, aunque él provenía del grupo Gaur y nuestro grupo no tiene nombre porque en realidad era una suma de personalidades muy fuertes que además éramos muy amigos. Yo no me hubiera atrevido a identificarme con ellos si no lo hubiera hecho por primera vez el crítico de arte Edorta Kortadi en la exposición organizada por él mismo en el Museo de San Telmo, donde yo figuraba como la más joven de una época, y en más muestras colectivas que ahora no me vienen a la mente, pero sobre todo por la acogida que ellos mismos me brindaron, a pesar de que cuando retomé la pintura como lo más serio de toda una vida, para entonces ellos llevaban ya trabajando bastantes años. Siempre diré que fue un *gran* honor. No sería justo olvidar que cuando ya llevaba unos añitos con ellos, se unieron a nosotros (es difícil si no clasificarles en otro lugar) mi hermano Javier Valverde y a Álvaro Machimbarrena (aunque este último, ahora, identifica más su trabajo con las corrientes minimalistas.

El sábado noche de una primavera allá por el 75, acudí con una amiga a un concierto, no sé de quién, en el velódromo de Anoeta de San Sebastián.

Si no me acuerdo de quién o quiénes cantaban es porque al principio, me presentaron, si no recuerdo mal su prima Baldomera, a José Llanos con el que congenié tan sólo tras cruzar un par de palabras. Aquel encuentro fue el principio de una época que comenzaba, fuera y lejos de todo lo que había conocido hasta entonces. Cuando conocí su casa con su trabajo empecé a sumergirme en el mundo de las maravillas, bien particular y nada que ver con el de Alicia. Cuando él conoció mi habitación de la calle Zubieta, vivía con mi madre, me dijo: "Rosita, nosotros también hacemos cosas "de éstas", y me propuso mi colaboración para una exposición que preparaba en la galería, hoy ya desaparecida, "Lúzaro" de Bilbao. Se trataba de la confección de un tapiz completamente blanco interpretando el "Ángelus" de Millet. Aprovecho la oportunidad de pedirle perdón a Joxe pues a pesar que ese tapiz llegara a exponerse, sujetado por dos ramas de árbol, más tarde, llevada por un impulso muy propio de mi manera de actuar antiguamente, un día le pegué un tijeretazo suprimiendo las figuras centrales y colocando en su lugar el traje de Primera Comunión de una amiga, de Garbi, y encerrándolo en una caja de dimensiones generosas. También se expuso más tarde esa caja en mi primera exposición colectiva con ellos (al instalarla me caí de una escalera colocada sobre las escaleras que bajaban, en la ya desaparecida Galería "B", al piso de abajo (castigo de dios) y a pesar de que hubo dos posibles compradores, a saber un señor ancianito maravilloso y el Museo Diocesano de San Sebastián, hoy en día se encuentra muy deteriorada en la bodega de Oyarzun, hasta desnutrirse).

La confección del tapiz fue motivo para que me instalara en la "chabola" de Oyarzun donde antes se guardaban los aperos de la gran huerta que hubo en su tiempo.

Mi memoria es mala para recordar fechas, márgenes de tiempo, los momentos exactos en que ocurrieron las cosas. Para mí el tiempo era eterno e infinito, o más bien el tiempo no existía. Nos gustaba trabajar de noche, incluso no dormíamos y continuábamos trabajando el día siguiente, todo eso alternando con continuas excursiones al monte que lo teníamos cerquísima, y a menudo acompañados con mi amiguito-hermano Javier, que no mucho más tarde empezaría a trabajar en los mismos territorios que nosotros.

Un buen día apareció en Pasajes de San Juan, donde vivía Joxe, Vicente Amezttoy. Resulta que yo era Carla Goñi, cantante de opera. Recuerdo que incluso me hice fabricar por uno de esos artesanos que llenan las calles de las partes viejas de las ciudades, en este caso la de San Sebastián, un collar que llevaba mi falso nombre, Carla. No sé cuanto tiempo duró aquella broma pero estoy segura que durante un tiempo, corto, Vicente se lo creyó, pero en absoluto se lo tomó a mal. Empezamos a ir los tres juntos a todas partes, nues-

tros escenarios eran sobre todo vegetales y la *erreka* (riachuelo) de Oyarzun empezó a ser un lugar sagrado para nosotros. Sobre todo el 22 de agosto del 75 es una fecha que ninguno olvidaremos. También nos acompañaba aquel día el fallecido Ángel Gascue, aunque se pasó todo el día tumbado encima de una toalla dispuesta sobre una roca. Para nosotros fue distinto. El musgo era la alfombrita de nuestra casa, las ramitas se unían igual que las pajitas de hierba seca, el río era energía y a veces se transformaba en mercurio, recuerdo que seguimos un canal, todo en una inmensidad de verde, de humedad amiga, caminábamos volando a un palmo del suelo; cualquier elemento del bosque, una hojita cualquiera, era de unas dimensiones desconocidas, hubo milagro, hubo actuaciones, y al caer la tarde, solamente interrumpida por la necesidad fisiológica habitual y el ascenso a un caserío donde disfrutamos de la *toilette* más exquisita donde nunca mi cuerpo se había explayado, en la terracita de entrada de la puerta del molino que por aquel entonces yo tenía alquilado, montamos José, Vicente y yo la exposición —sin testigos ni visitantes— más bonita y más rara que nunca nadie haya podido pensar. Sentados en el quicio, distribuimos de una manera especial y distinta las pequeñas cosas que habíamos reunido a lo largo del día, encima de un pañuelo a modo de mantelito. Nosotros mismos estábamos asombrados, aquello era el inicio de un largo trabajo que emprenderíamos cada uno en nuestro estudio. Y además la exposición la trasladamos el domingo siguiente a la plaza de la Trinidad de San Sebastián con una gran y tremenda ilusión. Tuvo la cosa también un toque patriótico pues por aquel entonces la ikurriña estaba aún prohibida y coloreamos nuestros tres “puestos” con hilos y trozos de cintas rojo, verde y blanco.

También fue el inicio de una amistad muy especial que duraría muchos años. Muy pronto conocí a Ramón Zuriarrain, Txurri, ataviado a modo de bolso o mochila con la piel de no se qué animal, fue una tarde de ese mismo verano en las escaleras de la casa de José. Él también vivía en Pasajes, en una casa de pescadores que él había transformado con su estilo particular. También me pareció alguien muy distinto de la mayoría del género humano. Su amistad también perdura y tengo *in mente* infinidad de anécdotas y relatos que irán surgiendo al despertar mi memoria. Ahora mismo recuerdo que un año o más tarde del tiempo en el que voy situando los hechos, revolviendo un poco la transmisión de forma cronológica, como hasta ahora vengo haciendo, pues bien, todavía no entiendo como no terminamos en el cuartelillo de la Guardia Civil. Los dioses nos protegían.

Era una tarde cualquiera de verano en casa de Txurri, y estábamos José, Txilixi, entonces compañera de Txurri, él y yo. Pudiera ser que hubiera alguien más, quizá Paco, compañero de José, pero no recuerdo muy bien. Estáb-

amos pues en la tercera planta de la casa, en el estudio, y no sé cómo se nos ocurrió empezar a pintarnos los cuerpos desnudos. Uno a uno nos fuimos colocando encima de una silla y terminamos los cuatro en pelotas pintados de arriba abajo. Íbamos ensuciando toda la casa de pintura y Txilixi terminó por enfadarse muchísimo a la vez que intentaba hacer desaparecer todas las huellas de pintura a pesar de que ella también había participado, pero se hallaba rabiosísima sobre todo conmigo, cómo no. No soportábamos la bronca y decidimos salir a la calle mientras esa quinta persona que no recuerdo salía tras nosotros recordándonos que estábamos desnudos. Nos echamos algún trapo encima y volvimos a salir para más tarde coger el coche y dirigirnos a la playa de Fuenterrabía. Por fin llegamos y corrimos al agua. Entonces sí que el espectáculo, además de llamativo, era bellissimo. Estábamos los tres en el agua a una distancia considerable entre nosotros y se había formado a nuestro alrededor una especie de arco iris a modo de grandes círculos concéntricos. La gente nos miraba desde el paseo sin entender nada y tampoco nosotros. Ni falta que hacía. La sensación era dulce, relajante, mágica. No sé cuánto duró. Terminamos de quitarnos casi toda la pintura y volvimos a casa muy contentos. Siempre hay una diferencia muy grande entre el hecho y el relato, pero se puede uno aproximar sumando un poco de imaginación. Volviendo hacia donde me había quedado en el tiempo...

La jornada que antes he descrito en la *erreka* de Oyarzun quedó maravillosamente plasmada en un cuadro que pintó Vicente con la fecha 22 formada a base de guisantes a punto de reventar<sup>1</sup>. Había llegado el otoño y yo me había trasladado con mi madre y mi hermano Javier a San Sebastián. Vicente había comenzado el gran cuadro y yo empecé a frecuentar su estudio todos los días. Tuve la suerte de seguir su elaboración pincelada tras pincelada. Y empezó a renacer mi *pasión* por el arte y también empecé a *pintar* mi primer óleo. Aparte de mi padre, y Sistiaga en mi adolescencia, Vicente Ameztoy, Vixente, fue mi gran maestro casi sin quererlo. Yo recuperaba el gran vacío que me había dejado mi padre. Nos entendimos tan bien, a todos los niveles, humano y artístico, aunque en realidad era todo uno, la cosa tomó unas dimensiones tan deliciosas por ponerle un adjetivo, que fue algo muy importante que iba a marcarme para toda la vida. Y curiosamente mi forma de pintar fue, y es siempre, muy distinta aunque eso nada tiene que ver para la comprensión pues estábamos completamente de acuerdo en todo lo que a arte y estética se refiere.

De vez en cuando solíamos visitar a Juan Luis Goenaga en su caserío en Alkiza, y ahí sí que entre los tres juntos nos planteábamos situaciones de rebeldía frente a todo el status de aquella época. Estábamos furiosamente en contra de la plantación de pinos, del destrozo a pasos agigantados de la nat-

uraleza ocasionado por las fábricas y la industria en general, y no nos identificábamos con ningún partido político, pues ninguno de éstos tenía una mínima respuesta ni el mínimo planteamiento cultural, vacío que en nuestra opinión había que llenar, siendo como es el País Vasco cuna de una disparidad de artistas, como lo sigue siendo ahora. En realidad no ha cambiado mucho la situación desde entonces, a excepción de la respuesta del P.N.V. que nos ha plantado en Bilbao el impresionante Guggenheim, que nunca está de más y por supuesto que tiene sus aspectos positivos, como es la divulgación y popularización del arte, aunque no sólo la idea sino también la praxis son de un tono extremadamente americano, tanto es así que nuestros artistas, con alguna excepción como Chillida no están para nada representados. Incluso la obra de éste está acompañada de otros protagonistas del estado español como por ejemplo Tàpies. En fin no pretendo, o no era mi pretensión, hablar ni analizar las formas y la manera de este museo americano.

Así pues, yo ya había empezado a pintar muy en serio y me estrené con mi primera exposición en el Museo de San Telmo<sup>2</sup>. Recuerdo que la primera vez que alguien me compró un cuadro fue en esta exposición y el comprador fue Zumeta con el que también entablé una bonita amistad y recuerdo este hecho con mucho cariño y fue para mí un honor que fuese un pintor el que me compraba un cuadro. Zumeta también se unía al grupo aunque él llevaba muchos más años trabajando pero había una identificación bastante palpable en lo que a pintura y planteamientos de trabajo se refiere.

Tuve una inmensa suerte en conocer y convivir mucho tiempo y, sin exagerar a diario, nuestras vidas y nuestro trabajo. Aprovecho la ocasión para decir que les quise y les quiero muchísimo, que les respeto tremendamente y que para nada están reconocidos como se lo merecen por la gran calidad de toda su obra en general. Ellos también me "mimaron" muchísimo y durante bastante tiempo y creo que estoy en lo cierto, tuve la impresión de que mis cuadros sólo les gustaban a ellos; solamente me sentía comprendida y valorada por ellos. Como que nadie más entendía nada de lo que yo pintaba.

Ahora que ha pasado tanto tiempo estamos cada uno diseminados por la geografía; algunos que no estaban entonces emparejados lo estamos ahora, llevamos vidas aparte y después de haber vivido tantos años juntos no nos vemos más que de ciento en viento, pero cuando nos encontramos, se hace patente que nuestros sentimientos no han muerto y no sé si a ellos les sucederá lo mismo pero mi estudio e incluso mi casa que comparto con mi amadísimo marido Gonzalo Duo, están llenos de sus cuadros y de mil objetos que tienen la procedencia de aquella época, como he contado al principio, para mi, dorada.

---

<sup>1</sup> Se refiere a *Tríptico*, 1977, óleo/lienzo, 195 x 115 cm. Colección Kutxa, Donostia.

<sup>2</sup> *Rosa Valverde*, exposición en el Museo de San Telmo, San Sebastián, 16 al 31 de diciembre de 1978.